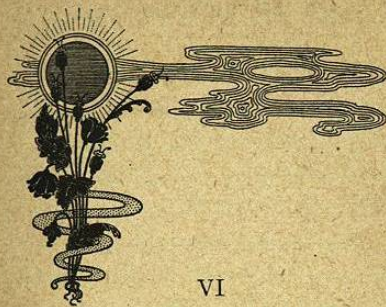
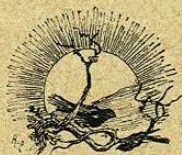


mortificada por un tropel de ideas; y vió la luz del alba que clareaba en los cristales de la galería, llegando muy suave y pálida hasta las rojas cortinas de su alcoba.



VI

Aquel señorito, don Numa Alvaredo, que algunas tardes iba á tomar café con el señor Hermida, era un joven como de veintiocho á treinta años, que olía á cigarro habano y á cognac Martel desde media legua; y además era alto, lo-minhiesto, fuerte como un roble; y lo que era mejor aún, estaba cargado de millones. Solía pasear á caballo por las calles de Nuvareda, y al traqueteo de los cascos de su potro en el pavimento amorillado, salían á los balcones no pocas niñas casaderas, para recibir un saludo que Numa hacía con la solemnidad de un monarca aclamado por la muchedumbre. Sabía él, que así como se franqueaban á su paso muchas vidrieras, abrírfanse también los corazones de aquellas chicas

al fuego de sus ojos y á la sonrisa protectora de sus labios. Contentábase, sin embargo, con la callada admiración que veía á su alrededor, y su divisa era pasar de largo. Sólo Ana le había hecho detenerse más de la cuenta, sin duda porque le hería la indiferencia de la joven hacia un seductor de tal prestigio y fama.

Alvaredo nada sabía de las relaciones de la muchacha con aquel pobre Raimundo, que sólo una vez al día osaba pasar por delante de la casa donde habitaba su amor. Era el de ambos un cariño tímido y hondo, que buscaba desahogo en cartas apasionadas llenas de juramentos, repletas de todas las esperanzas de los que creen en la realización de los sueños.

Un día en el café le dijo un amigo á Numa:

—¿Ves ese tipo?

—Sí... ¿por qué?...

—Por nada; ahí donde le ves es el novio de Ana Hermida.

Sonrió Numa como un dios, y dijo:

—Vamos, tienes ganas de *quedarte conmigo*... De lo que tiene facha ese es de colillero...

Mordió con fuerza su riquísimo habano, un manantial de aroma; y después de mirarse á un espejo con el rabillo del ojo y de arreglarse la corbata, continuó:

—¿Te parece á ti que así se deja vencer este barbián, cuando toma las cosas en serio?... Te has caído de un nido...

Decidió Numa aquella misma tarde visitar á don José, á quien el lechuguino admiraba por su historia, por su tiesura y gravedad. Vería á Ana de camino, y al ciego indicarle nuevamente algo acerca de sus pretensiones á la muchacha, con más interés y vehemencia que lo había hecho otras veces. Las estrechas relaciones de Numa con don José, tenían su origen en asuntos de juego. El magistrado, más listo que Cardona, siempre había tenido al joven como un monigote muy pulido, sin maldito el pesquis: un señorito cursi de Nuvarada, que nadaba en oro. Lo que no se había ocultado á la perspicacia del viejo era la admiración, el respeto que él inspiraba á Numa, el cual, considerándole como un maestro, envejecido en la ciencia del mundo, se tenía por muy honrado no dejando

CAPILLA ALTO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

escapar ocasión de mostrarle su idolatría, complaciéndole en todo, con la sumisión y acatamiento debidos á la experiencia del gran veterano. Una vez conocido el flaco de Numa, don José no dudó jamás en penetrar cuantas veces fuera necesario por aquella brecha que le conducía hasta el bolsillo mismo del acaudalado petimetre. Sí; mil veces, después de jugar y perder, le había pedido dinero muy frescamente. Hoy mil pesetas, mañana cien duros, otro día quinientos. Durante mucho tiempo, el viejo disfrutó á su gusto de semejante breva. A Numa, que lo que menos le importaban eran los cuartos, tratándose de halagar su amor propio, bastábale la satisfacción de que todo el mundo le viera en confianzas con don José, pasándole la mano sobre el hombro; y en el afán de conservar tal amistad, dejaba correr el oro de su bolsa como el agua de un caño, sin ocurrírsele nunca desairar á don José, que era maestro consumado en estas pedigüeñerías, y él mismo se adelantaba á ofrecer una garantía cuando la cantidad era considerable: — «Porque somos mortales, amigo Numa». En fin, que no ha-

bía más remedio que agradecerle la confianza, por lo campechano, fino y llanote, y además, porque ¡qué diablo! era «hombre de arranque», como decía el pollo.

Pensando en el noviazgo de Ana con aquel pobretón que había visto en el café, fué Numa al tocador de su casa, y allí, rodeado de esencias y pomadas, acicalóse lo mejor que supo; se pulió las uñas, frotóse los dientes con un cepillo, atusó y domó algunos pelos rebeldes del bigote; y después de mirarse al espejo de frente y de soslayo, empuñó el junquillo, encendió un veguero, y se plantó en la calle más gallardo y luciente que nunca. El día era hermoso, y hasta el cielo parecía sonreír de gusto por tener bajo su manto aquel mozo garrido, espejo y modelo de elegancia, en capital tan respetable y heroica como Nuvareda. En cambio el mancebo ingrato, sin pensar en bóvedas celestes, deslizóse con paso lento y medido por las aceras de sombra, hasta llegar al portal de la casa habitada por su amigote. Y pensaba entonces el señorito Numa:

—Pues no faltaba más que ese escribientillo... de eso tiene facha... se atre-

viera... Sería gracioso. ¡Bah! Pues no se hablaría poco en el pueblo... Y la verdad es que el tonto fuí yo en hablar á cuatro amigos de la frialdad de Ana... Y la verdad es que la chica me gusta... Y la verdad es que confío en don José... Y la verdad es que ese mequetrefe...

Y Numa siguiera diciéndose verdades, á no verse con el cordón de la campanilla en la mano. Tiró de él.

Un instante después estaban sentados frente á frente joven y anciano. Aquél, adorado aún por la naturaleza, que derramaba sobre él la esplendidez de sus alientos; y éste, mustio, envuelto en el desprecio de aquella madre, que, dándole un empujón todos los días, parecía decirle: «Estás de sobra aquí, hijo mío; bastante tiempo te otorgué mis favores... Deja el puesto á otros. Ahí tienes achaques, ahí tienes canas; hártate de arrugas y dolores; quédate sin luz...»

Parecía don José más cabizbajo que otras veces. Acababa de tomar café, y aun permanecía sobre el velador el servicio de porcelana, una botella de cognac y una copa. Fumaba el ciego un habano, y de tiempo en tiempo, agitando

el dedo meñique, quitaba al cigarro la ceniza, que caía en la alfombra como una cosa muerta. Una franja de sol entraba en el aposento. Ana había corrido la butaca de su padre, buscando el sol, hasta colocarla de modo que diera en los pies del enfermo.

—Bueno, hombre, bueno... Usted tan valiente, tomando el sol,—dijo Numa, por decir algo.

—Cariños de mi hija, amigo Numa, que se empeña en calentarme los pies... Lástima que no sintiera la luz como siento el calor...

Y guardó silencio. Luego preguntó al pollo:

—¿Y usted, qué tal? ¿Qué hay por el mundo?

Creía Numa, como muchas personas, que á los enfermos debe de hablárseles con la mayor alegría y despreocupación. Colocóse bien en la silla, agitó el junquillo, que nunca abandonaba, y soltó este párrafo:

—Pues nada... Ya ve usted... El casino tan cursi como siempre, los paseos desanimados. Lo que es de día no merece la pena salir de casa; créalo usted,

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

don José... En cambio, si viera usted... ¡vaya una mujer la tiple de la compañía de zarzuela!... ¿No le leen á usted los periódicos? ¡Vaya una garganta, vaya unas caderas, vaya unos movimientos! ¿Y cuando se arranca con las sevillanas? ¡nada! ¡el acabóse! querido don José... ¡Ja, ja, ja! (Aquí Numa dió con el bastón dos golpecitos cariñosos en los pies del viejo.) ¡Si usted la viera!...

—Eso ya no reza conmigo... Ustedes los jóvenes, los sanos, son los encargados de ese negociado, amigo Numa,—dijo don José, añadiendo luego:

—Vamos, tendré el placer de que usted me acompañe á tomar una copa de cognac...

—Ya he tomado, gracias... pero en fin, lo probaré.

Tocó don José el silbato que le servía de llamador, y no tardó en aparecer Ana. Saludóla Numa cordialmente, haciéndose almíbar, y contestóle ella, si no con displicencia, con tibieza, y salió en seguida á buscar una copa, que dejó en el velador, diciendo á su padre:

—¿Me permites que te corra la butaca? Ya no te da bien el sol...

Después que el anciano estuvo colocado á gusto de su hija, ésta preguntó:

—¿Se te ofrece algo más?

—Nada, chiquilla.

Y se retiró la joven, tan seria como había entrado, sin dignarse apenas mirar al Tenorio de Nuvareda.

—Amigo don José, tiene usted la muchacha más sensata y formal de la población... y la más hermosa,—dijo Numa. Y después cambiando de tono:—Pero vamos á ver, ¿qué motivos le habré dado yo á Ana para mostrarse tan seria y displicente conmigo?

—Cosas de niña... No haga usted caso.

—Es que me lastima eso, don José; me duele por venir de quien viene... ¿Para qué andar con rodeos?... Usted sabe lo mucho y muy seriamente que yo he pensado siempre en su hija,—dijo Numa, al parecer cada vez más exaltado.—Recordará usted las cosas que le he dicho en distintas ocasiones acerca de mis simpatías hacia ella... mejor dicho, de mi cariño... ¿No le he hablado á usted mil veces con el corazón en la mano? Yo siempre franco... ¿No le he dicho que

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA

Ana era la única mujer capaz de hacerme feliz?... Yo siempre franco... Pues bien; cada día pierdo terreno, sin saber por qué. Ahora ni me mira de frente, don José; y la verdad es que esto me cohibe para venir á esta casa... Yo siempre franco...

—Cosas de niñas... Ya ve usted, á esa edad no piensan en nada serio,—murmuró el viejo después de sorber media copa de cognac.

—A mí, don José,—contestó el lechuguino con acento triste,—desgraciadamente, en este caso me parece que no le falta seriedad á Ana... ¿Usted no sabe que tiene un novio?

—¿Un novio?

—Me lo han asegurado hoy... Vea usted si tengo ó no razón para descorazonarme...

—Pero, hombre, no es posible... ¡Si apenas sale de casa!... Además, ¿dejaría yo de saberlo?...

Quedóse el ciego pensativo algunos instantes. Más de una vez Numa Alvarado le había expuesto bien claramente sus preferencias por Ana, y él siempre había contestado: «Esas son cosas de us-

tedes». Pero en el fondo del alma anhelaba que el joven se entendiera con su hija. Semejante unión significaba mucho para el señor Hermida. En primer lugar, las deudas garantidas quedarían solventadas, como quien dice; además él libraría á su conciencia de un peso enorme, que aumentaba de día en día. Según avanzaba el tiempo, preocupábale más y más á don José la situación tristísima de su esposa y de su hija el día que él falleciera... Su herencia consistía en deudas; la viudedad que correspondía á doña Socorro era una bicoca, en el caso feliz que no fuera embargada para responder á los débitos... ¡Hermoso porvenir le esperaba á su hija, un ángel que nada sabía de sus dilapidaciones y que le amaba con el santo cariño que se tiene á un padre bueno; y para su esposa, la compañera mártir, siempre callada, sumisa, disimulando lacerias, ahogando penas, con resignación aterradora! Estas ideas lúgubres adquirirían una densidad espantosa en el cerebro del magistrado, el cual, como hombre práctico, experto en sortear los escollos que en la vida le habían salido al paso, como egoísta empe-

dernido, buscaba el medio de expulsar de su alma la turba de remordimientos, resolviendo la situación de un modo halagüeño para todos. Siempre que su inteligencia planteaba tal problema, salía á colación Numa, que era una providencia, un asidero, una incógnita despejada, que lo aclaraba todo. Sólo él podía salvar á la familia. Las veces que el joven le había hablado de Ana, don José, tratando de ocultar su complacencia, no había buscado medio alguno ni camino que condujera al enlace de su hija con el ricachón... Eso nunca. Confiaba en su buena estrella, dejaba á la suerte obrar, ayudada por los encantos de Ana y la terquedad de Numa. Al tener, sin embargo, noticia de que un nuevo pretendiente se presentaba, como un espantajo, en medio de la escena, amenazando tal vez destruir sus proyectos, no pudo menos de experimentar gran inquietud y disgusto.

—Y ¿tiene usted noticias de ese muchacho?—preguntó al joven, saliendo de su meditación.

—Sólo de vista le conozco... Nada... Un abogadillo, sin posición, sin fortuna...

Hablo por referencias, ¿sabe usted?...

—¡Diablo de chicuela!—exclamó don José sin poder disimular la ira.—Me parece que habrá que atarla corto... ¡Ya lo creo! Porque á mí no me gusta que se me oculte nada, y le prometo á usted que todo se arreglará... ¡Vaya! Y si el pájaro quiere volar, yo me encargo de cortarle las alas... Felizmente no creo que habrá necesidad... No; ¡cosas de niñas! Ya verá usted como de aquí en adelante piensa de otro modo.

Y después, arrepentido de haberse expresado así, dijo sonriendo:

—Usted no ha probado el cognac... Pues no es de lo peor.

Siguieron hablando de cosas triviales, y al despedirse habló así el señor Hermida:

—Si por casualidad eso que usted me ha dicho resulta cierto, y la encuentro algo díscola, adelantaré el viaje á Rocamar, querido Numa, á ver si olvida á ese mentecato... ¡No faltaba más! En fin; ya le escribiré... y usted supongo que no dejará de hacernos alguna visita...

Lo mismo fué quedar solo el viejo,

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA CANTABRIGA

y entrar Ana en el despacho, diciendo:

—Si mañana está el día tan hermoso como hoy, debes aprovecharlo para salir á paseo. ¿Te parece? Tanto estar sentado no puede ser bueno.

—Como tú quieras... Saldremos; tú has de acompañarme. De paso hablaremos como dos amigos...

Así quedó convenido. Aquella noche, antes de dormirse, pensó Ana cien veces en la frase de su padre, «hablaremos como dos amigos»; y sin poderlo remediar, sospechaba que había en ella un amago de ataque á sus quisicosas interiores, tal vez un atentado de Numa á la tranquilidad y sosiego de su corazón. Pensó en si turbarían aquel pobre amor, que había ocultado como cosa sagrada.

Durante cuatro meses, ilusión sobre ilusión, sueño tras sueño, había formado Ana en su pecho el nido del amor primero, como el pájaro hace el suyo, tejendo y enmarañando hoy un hilo, mañana una hierba... Quizás peligraban sus horas de arrobamiento y de ensueños pasadas con la imagen querida en el rincón del alma, donde viven y mueren es-

condidos los sabrosos idilios de la juventud. ¡Amar á Numa, dejar á Raimundo!... Era lo mismo que arrancar de la pared de la sala el retrato de su padre y poner allí el de un cualquiera. No: las personas buenas no le exigirían un imposible...

Amaneció un día claro. A la hora en que Ana dejó el lecho, ya las riquezas del sol bajaban á la tierra, desde un cielo azul sin una bruma. Después de trajinar en la cocina, la joven salió al balcón, regadera en mano, y como de costumbre, roció con agua las flores que parecían colorearse y revivir bajo aquella lluvia fina y refrescante. Aun sentía Ana el temor á las palabras pronunciadas por su padre, «hablaremos como dos amigos»; pero la verdad es que al sentir en su rostro el aire libre, cobró ánimos como si el sol de la mañana trajera en su luz imágenes alegres y el aire le contara al oído cuentos muy sabrosos. Llegó á creer que su amor no corría peligro alguno. Todo estaba alegre y tranquilo. El vecino de enfrente saltó á la hora acostumbrada, encendiendo un pitillo á la puerta de casa; en medio de la calle